



Bram Stoker

El Sueño de las
Manos Rojas

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL SUEÑO DE LAS MANOS ROJAS

BRAM STOKER

PUBLICADO: 1894

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

EL SUEÑO DE LAS MANOS ROJAS

A DREAM OF RED HANDS

La primera opinión que tuve sobre Jacob Settle fue una simple declaración descriptiva. "Es un tipo pesimista": pero descubrí que eso encarnaba los pensamientos e ideas de todos sus compañeros de trabajo. Había en la frase una cierta tolerancia fácil, una ausencia de sentimiento positivo de cualquier tipo, más que una opinión completa, lo que marcaba con bastante precisión el lugar del hombre en la estima pública. Sin embargo, había cierta disimilitud entre esto y su apariencia que inconscientemente me hizo pensar, y gradualmente, a medida que veía más del lugar y los trabajadores, llegué a tener un interés especial en él. Descubrí que siempre estaba haciendo bondades, sin implicar gastos de dinero más allá de sus humildes medios, pero en las múltiples formas de previsión, tolerancia y auto-represión que son las verdaderas caridades de la vida. Las mujeres y los niños confiaban en él implícitamente, aunque, curiosamente, él más bien los evitaba, excepto cuando alguien estaba enfermo, y entonces aparecía para ayudar si podía, tímidamente y torpemente. Llevaba una vida muy solitaria, manteniendo la casa por sí mismo en una pequeña cabaña, o más bien choza, de una habitación, lejos en el borde de la landa. Su existencia parecía tan triste y solitaria que deseaba animarla, y con ese propósito aproveché la ocasión en que ambos habíamos estado velando a un niño, herido accidentalmente por mí,

para ofrecerle prestarle libros. Los aceptó con gusto, y cuando nos separamos en el gris del amanecer, sentí que se había establecido entre nosotros algo de confianza mutua.

Los libros siempre eran devueltos con mucho cuidado y puntualidad, y con el tiempo Jacob Settle y yo nos hicimos bastante amigos. Una o dos veces, al cruzar la landa los domingos, pasé a verlo; pero en tales ocasiones era tímido y se sentía incómodo, así que me sentí reticente a llamar para verlo. Bajo ninguna circunstancia entraría en mis propios alojamientos.

Una tarde de domingo, volviendo de una larga caminata más allá de la landa, y al pasar por la cabaña de Settle, me detuve en la puerta para decirle "¿cómo está?" Como la puerta estaba cerrada, pensé que estaba fuera y simplemente toqué por cortesía, o por costumbre, sin esperar obtener respuesta. Para mi sorpresa, escuché una voz débil desde dentro, aunque no pude oír lo que decía. Entré de inmediato y encontré a Jacob acostado medio vestido en su cama. Estaba pálido como la muerte, y el sudor simplemente le corría por la cara. Sus manos agarraban inconscientemente las sábanas como un hombre que se ahoga se aferra a lo que pueda agarrar. Cuando entré, se levantó a medias, con una mirada salvaje y perseguida en los ojos, que estaban muy abiertos y mirando fijamente, como si algo de horror se hubiera presentado ante él; pero cuando me reconoció, se hundió de nuevo en el sofá con un sollozo ahogado de alivio y cerró los ojos. Me quedé a su lado un rato, en silencio un minuto o dos, mientras jadeaba. Luego abrió los ojos y me miró, pero con una expresión tan desesperada y miserable que, como soy un hombre vivo, hubiera preferido ver esa mirada congelada de horror. Me senté a su lado y pregunté por su salud. Durante un tiempo no me respondió más que para decir que no estaba enfermo; pero luego, después de escudriñarme detenidamente, se levantó a medias sobre su codo y dijo-

"Le agradezco amablemente, señor, pero simplemente le estoy diciendo la verdad. No estoy enfermo, como los hombres lo llaman, aunque Dios sabe si no habrá enfermedades peores que las que los médicos conocen. Se lo diré, ya que es tan amable, pero confío en que no mencionará tal cosa a ningún alma viviente, pues podría causarme más y mayores males. Estoy sufriendo por una mala pesadilla".

"¡Una mala pesadilla!" dije, esperando animarlo; "pero las pesadillas se van con la luz, incluso al despertar". Ahí me detuve, porque antes de que él

hablara vi la respuesta en su desolada mirada alrededor del pequeño lugar.

"¡No, no! eso está bien para la gente que vive cómodamente y con sus seres queridos a su alrededor. Es mil veces peor para aquellos que viven solos y tienen que hacerlo. ¿Qué ánimo hay para mí, despertando aquí en el silencio de la noche, con la extensa landa a mi alrededor llena de voces y de rostros que hacen que mi vigilia sea un sueño peor que mi sueño? Ah, joven señor, usted no tiene un pasado que pueda enviar sus legiones para poblar la oscuridad y el espacio vacío, y le ruego al buen Dios que nunca lo tenga". Mientras hablaba, había una gravedad de convicción casi irresistible en su manera que me hizo abandonar mi amonestación sobre su vida solitaria. Sentí que estaba en presencia de alguna influencia secreta que no podía sondear. Para mi alivio, pues no sabía qué decir, continuó—

"He soñado con eso dos noches seguidas. Fue difícil la primera noche, pero lo superé. La noche pasada la expectativa fue en sí misma casi peor que el sueño, hasta que llegó el sueño, y entonces borró todo recuerdo de un dolor menor. Me mantuve despierto hasta justo antes del amanecer, y luego llegó otra vez, y desde entonces he estado en una agonía como estoy seguro sienten los moribundos, y con todo el temor de esta noche". Antes de que terminara la frase, mi mente ya estaba decidida, y sentí que podía hablarle más alegremente.

"Intenta dormirte temprano esta noche, de hecho, antes de que termine la tarde. El sueño te refrescará, y te prometo que no habrá malos sueños después de esta noche". Sacudió la cabeza sin esperanza, así que me senté un poco más y luego lo dejé.

Cuando llegué a casa hice mis arreglos para la noche, pues había decidido compartir la solitaria vigilia de Jacob Settle en su cabaña en la landa. Supuse que si se dormía antes del atardecer, despertaría bien antes de la medianoche, y así, justo cuando las campanas de la ciudad daban las once, me paré frente a su puerta armado con una bolsa, en la que llevaba mi cena, un frasco extra grande, un par de velas y un libro. La luz de la luna era brillante y bañaba toda la landa, hasta que era casi como de día; pero de vez en cuando nubes negras cruzaban el cielo y hacían una oscuridad que por comparación parecía casi tangible. Abrí la puerta suavemente y entré sin despertar a Jacob, quien yacía dormido con la cara blanca hacia arriba. Estaba inmóvil y otra vez bañado en sudor. Intenté imaginar qué visiones pasaban

ante esos ojos cerrados que podían traer consigo la miseria y el sufrimiento que estaban estampados en el rostro, pero mi imaginación falló, y esperé el despertar. Llegó repentinamente, y de una manera que me conmovió profundamente, pues el gemido hueco que salió de los labios blancos del hombre mientras se levantaba a medias y caía de nuevo fue manifiestamente la realización o conclusión de algún tren de pensamiento que había precedido.

"Si esto es soñar", me dije a mí mismo, "entonces debe estar basado en alguna realidad muy terrible. ¿Cuál puede haber sido ese hecho desdichado del que habló?"

Mientras yo hablaba así, él se dio cuenta de que estaba con él. Me pareció extraño que no tuviera un período de esa duda sobre si lo que lo rodeaba era un sueño o la realidad, lo cual suele marcar el entorno esperado de los hombres al despertar. Con un grito positivo de alegría, agarró mi mano y la sostuvo con sus dos manos húmedas y temblorosas, como un niño asustado se aferra a alguien a quien ama. Traté de calmarlo:

"Tranquilo, tranquilo, todo está bien. He venido para quedarme contigo esta noche, y juntos intentaremos luchar contra este mal sueño". De repente soltó mi mano, se hundió en su cama y se cubrió los ojos con las manos.

"¿Luchar contra él? — ¡el mal sueño! ¡Ah! no señor, no! Ningún poder mortal puede luchar contra ese sueño, porque viene de Dios y está quemado aquí;" y se golpeó la frente. Luego continuó:

"Es el mismo sueño, siempre el mismo, y sin embargo, crece en su poder para torturarme cada vez que viene".

"¿Cuál es el sueño?" pregunté, pensando que hablar de él podría darle algo de alivio, pero se alejó de mí y, después de una larga pausa, dijo:

"No, mejor no lo cuento. Puede que no vuelva a ocurrir".

Había evidentemente algo que ocultarme, algo que estaba detrás del sueño, así que respondí:

"Está bien. Espero que hayas visto lo último de él. Pero si vuelve a ocurrir, ¿me lo contarás, verdad? No pregunto por curiosidad, sino porque creo que te aliviará hablar". Respondió con lo que me pareció una cantidad casi excesiva de solemnidad:

"Si vuelve a ocurrir, te lo contaré todo".

Luego intenté apartar su mente del tema hacia cosas más mundanas, así que saqué la cena y lo hice compartirla conmigo, incluyendo el contenido del frasco. Después de un rato, se animó, y cuando encendí mi cigarro, habiéndole dado otro, fumamos durante una hora completa y hablamos de muchas cosas. Poco a poco, la comodidad de su cuerpo se apoderó de su mente, y pude ver cómo el sueño ponía sus suaves manos sobre sus párpados. Él también lo sintió y me dijo que ahora se sentía bien, y que podía irme con seguridad; pero le dije que, bien o mal, iba a verlo con la luz del día. Así que encendí mi otra vela y comencé a leer mientras se quedaba dormido.

Poco a poco me interesé en mi libro, tan interesado que de repente me sobresalté al caérseme de las manos. Miré y vi que Jacob todavía estaba dormido, y me alegré de ver en su rostro una expresión de felicidad inusual, mientras sus labios parecían moverse con palabras no dichas. Luego volví a mi trabajo, y de nuevo desperté, pero esta vez sintiéndome helado hasta la médula al oír la voz desde la cama a mi lado:

"¡No con esas manos rojas! ¡Nunca! ¡nunca!" Al mirarlo, descubrí que todavía estaba dormido. Sin embargo, se despertó en un instante, y no pareció sorprenderse de verme; había de nuevo esa extraña apatía respecto a su entorno. Entonces dije:

"Settle, cuéntame tu sueño. Puedes hablar libremente, pues guardaré tu confidencia como sagrada. Mientras ambos vivamos, nunca mencionaré lo que elijas contarme".

"Dije que lo haría; pero mejor te cuento primero lo que precede al sueño, para que puedas entender. Era maestro de escuela cuando era muy joven; solo era una escuela parroquial en un pequeño pueblo del país del oeste. No hace falta mencionar nombres. Mejor no. Estaba comprometido para casarme con una joven a la que amaba y casi reverenciaba. Era la vieja historia. Mientras esperábamos el momento en que pudiéramos permitirnos establecernos juntos, apareció otro hombre. Era casi tan joven como yo, guapo y un caballero, con todas las maneras atractivas de un caballero para una mujer de nuestra clase. Solía ir a pescar, y ella se encontraba con él mientras yo estaba en mi trabajo en la escuela. Razoné con ella e imploré que lo dejara. Ofrecí casarme de inmediato e irnos a comenzar el mundo en un país extraño; pero no quiso escuchar nada de lo que yo decía, y pude ver que estaba embelesada con él. Entonces tomé la decisión de encontrarme con el hom-

bre y pedirle que tratara bien a la chica, pues pensé que podría tener intenciones honestas con ella, de modo que no hubiera habladurías ni posibilidad de ellas por parte de otros. Fui a un lugar donde lo encontraría sin nadie cerca, ¡y nos encontramos!" Aquí Jacob Settle tuvo que hacer una pausa, pues algo parecía subirle por la garganta, y casi jadeó por aire. Luego continuó:

"¡Señor, como Dios está arriba de nosotros, no había un pensamiento egoísta en mi corazón ese día! Amaba demasiado a mi bonita Mabel para contentarme con una parte de su amor, y había pensado en mi propia infelicidad con demasiada frecuencia como para no haber llegado a darme cuenta de que, pase lo que pase con ella, mi esperanza se había ido. Fue insolente conmigo, usted, señor, que es un caballero, quizás no sepa, lo hiriente que puede ser la insolencia de alguien que está por encima de uno en estación, pero lo soporté. Le imploré que tratara bien a la chica, pues lo que podría ser solo un pasatiempo de una hora ociosa para él podría ser la ruptura de su corazón. Pues nunca tuve un pensamiento de su fidelidad, o que lo peor del daño pudiera llegarle, solo temía la infelicidad de su corazón. Pero cuando le pregunté cuándo pensaba casarse con ella, su risa me hirió tanto que perdí el temperamento y le dije que no iba a quedarme de brazos cruzados y ver cómo se desgraciaba su vida. Entonces él también se enojó, y en su enojo dijo cosas tan crueles de ella que juré allí mismo que no viviría para hacerle daño. Dios sabe cómo sucedió, pues en esos momentos de pasión es difícil recordar los pasos de una palabra a un golpe, pero me encontré parado sobre su cuerpo muerto, con mis manos carmesí con la sangre que brotaba de su garganta rasgada. Estábamos solos y él era un extraño, sin ninguno de los suyos que lo buscaran y el asesinato no siempre sale a la luz, no de inmediato. Sus huesos pueden estar blanqueándose todavía, por lo que yo sé, en el pozo del río donde lo dejé. Nadie sospechó su ausencia, o por qué fue, excepto mi pobre Mabel, y ella no se atrevió a hablar. Pero todo fue en vano, pues cuando volví después de una ausencia de meses, porque no podía vivir en el lugar, supe que su vergüenza había llegado y que había muerto en ella. Hasta entonces había sido sostenido por el pensamiento de que mi mala acción había salvado su futuro, pero ahora, cuando supe que había llegado demasiado tarde, y que mi pobre amor estaba manchado con el pecado de ese hombre, hui con el sentido de mi culpa inútil sobre mí más pesadamente de lo que podía soportar. ¡Ah! Señor, usted que no ha cometido tal pecado no sabe lo que es llevarlo consigo. Puede pensar que la costumbre lo hace fácil para usted, pero no es así. Crece y crece con cada hora,

hasta que se vuelve insoportable, y con él creciendo también, la sensación de que debe estar fuera del Cielo para siempre. Usted no sabe lo que significa, y ruego a Dios que nunca lo sepa. Los hombres comunes, a quienes todo es posible, no suelen pensar en el Cielo, si es que alguna vez lo hacen. Es un nombre, y nada más, y se contentan con esperar y dejar que las cosas sean, pero para los que están condenados a quedar fuera para siempre no puedes pensar lo que significa, no puedes adivinar ni medir el terrible anhelo interminable de ver las puertas abiertas y poder unirte a las figuras blancas de dentro.

"Y esto me lleva a mi sueño. Parecía que el portal estaba ante mí, con grandes puertas de acero macizo con barrotes del grosor de un mástil, que se elevaban hasta las mismas nubes, y tan cerca que entre ellas sólo se vislumbraba una gruta de cristal, en cuyas paredes resplandecientes figuraban muchas formas vestidas de blanco con rostros radiantes de alegría. Cuando me detuve ante la puerta, mi corazón y mi alma estaban tan llenos de arro-bamiento y anhelo que me olvidé. Y ante la puerta había dos ángeles poderosos, de alas desplegadas y, ¡oh! tan severos de rostro. Llevaban cada uno en una mano una espada flamígera, y en la otra el pestillo, que se movía de un lado a otro al menor roce. Más cerca había figuras vestidas de negro, con las cabezas cubiertas de modo que sólo se veían los ojos, y entregaban a cada uno de los que se acercaban vestiduras blancas como las que llevan los ángeles. Llegó un murmullo bajo que decía que todos debían ponerse sus propias vestiduras, y sin mancha, o los ángeles no les harían pasar, sino que los abatirían con las espadas llameantes. Estaba ansioso por ponerme mi propia túnica, me la eché por encima y me acerqué rápidamente a la puerta; pero ésta no se movió, y los ángeles, soltando el pestillo, señalaron mi vestido; miré hacia abajo y me quedé atónito, pues toda la túnica estaba manchada de sangre. Mis manos estaban rojas; brillaban con la sangre que goteaba de ellas como aquel día junto a la orilla del río. Y entonces los ángeles alzaron sus espadas llameantes para derribarme, y el horror fue completo: me desperté. Otra vez, y otra, y otra, me viene ese horrible sueño. Nunca aprendo de la experiencia, nunca recuerdo, pero al principio la esperanza siempre está ahí para hacer que el final sea más espantoso; ¡y sé que el sueño no sale de la oscuridad común donde moran los sueños, sino que es enviado por Dios como castigo! Nunca, nunca podré pasar la puerta, pues la tierra de las vestiduras de los ángeles debe proceder siempre de estas manos ensangrentadas".

Escuché como en un hechizo mientras Jacob Settle hablaba. Había algo tan lejano en el tono de su voz, algo tan soñador y místico en los ojos que miraban como a través de mí a algún espíritu del más allá, algo tan elevado en su misma dicción y en tan marcado contraste con sus ropas gastadas y su pobre entorno, que me pregunté si todo aquello no sería un sueño.

Ambos permanecemos en silencio durante largo rato. Yo seguía mirando al hombre que tenía delante con creciente asombro. Ahora que había hecho su confesión, su alma, que había sido aplastada hasta la misma tierra, parecía saltar de nuevo a la rectitud con alguna fuerza resistente. Supongo que debería haberme horrorizado con su historia, pero, por extraño que parezca, no fue así. Ciertamente, no es agradable ser objeto de la confianza de un asesino, pero este pobre hombre parecía haber tenido, no sólo tanta provocación, sino también tanto propósito abnegado en su acto de sangre, que no me sentí llamado a juzgarle. Mi propósito era consolarle, así que le hablé con la calma que pude, pues mi corazón latía rápida y fuertemente.

"No tienes por qué desesperar, Jacob Settle. Dios es muy bueno y su misericordia es grande. Sigue viviendo y trabajando con la esperanza de que algún día puedas sentir que has expiado el pasado". Aquí hice una pausa, pues veía que el sueño, el sueño natural esta vez, se apoderaba de él. "Duérmete", le dije; "velaré contigo aquí, y no tendremos más pesadillas esta noche".

Hizo un esfuerzo por recobrar la compostura y respondió-.

"No sé cómo agradecerle tu bondad conmigo esta noche, pero creo que será mejor que me dejes ahora. Intentaré dormir; siento que me quito un peso de encima desde que te lo he contado todo. Si queda algo de hombre en mí, debo intentar luchar solo contra la vida".

"Iré esta noche, si así lo deseas -dije-; pero sigue mi consejo y no vivas de forma tan solitaria. Ve entre hombres y mujeres; vive entre ellos. Comparte sus alegrías y sus penas, y eso te ayudará a olvidar. Esta soledad te volverá loco de melancolía".

"¡Lo haré!", respondió, medio inconscientemente, pues el sueño le dominaba.

Me volví para irme, y él miró tras de mí. Cuando hube tocado el pestillo, lo dejé caer y, volviendo a la cama, le tendí la mano. La cogió con las dos

suyas mientras se incorporaba, y yo le di las buenas noches, tratando de animarle-.

"¡Corazón, hombre, corazón! Hay trabajo en el mundo para ti, Jacob Settle. Todavía puedes llevar esas túnicas blancas y atravesar esa puerta de acero".

Entonces le dejé.

Una semana después encontré su casa desierta, y al preguntar en la fábrica me dijeron que "se había ido al norte", sin que nadie supiera exactamente adónde.

Dos años después, pasé unos días con mi amigo el Dr. Munro en Glasgow. Era un hombre muy ocupado y no disponía de mucho tiempo para pasar conmigo, así que pasé los días haciendo excursiones a los Trossachs y Loch Katrine y bajando por el Clyde. La penúltima noche de mi estancia regresé algo más tarde de lo previsto, pero descubrí que mi anfitrión también llegaba tarde. La criada me dijo que le habían mandado llamar al hospital, por un accidente en la fábrica de gas, y que la cena se había aplazado una hora; así que le dije que bajaría a buscar a su amo y volvería con él, y salí. En el hospital lo encontré lavándose las manos antes de volver a casa. Casualmente, le pregunté cuál era su caso.

"¡Oh, lo de siempre! Una cuerda podrida y la vida de los hombres sin importancia. Dos hombres trabajaban en un gasómetro, cuando se rompió la cuerda que sujetaba su andamio. Debió de ocurrir justo antes de la hora de la cena, pues nadie notó su ausencia hasta que los hombres regresaron. Había unos dos metros de agua en el gasómetro, por lo que tuvieron que luchar mucho, pobres hombres. Sin embargo, uno de ellos estaba vivo, apenas vivo, pero nos ha costado mucho trabajo sacarlo adelante. Parece que le debe la vida a su compañero, pues nunca he oído hablar de mayor heroísmo. Nadaron juntos mientras les duraron las fuerzas, pero al final estaban tan acabados que ni siquiera las luces de arriba y los hombres colgados con cuerdas que bajaban a ayudarles pudieron mantenerlos en pie. Pero uno de ellos se quedó en el fondo y sostuvo a su camarada por encima de su cabeza, y aquellas pocas respiraciones marcaron la diferencia entre la vida y la muerte. Fueron un espectáculo espantoso cuando los sacaron, pues aquella agua es como un tinte púrpura con el gas y el alquitrán. El hombre de arriba parecía bañado en sangre. Uf!"

"¿Y el otro?"

"Oh, aún está peor. Pero debía de ser un tipo muy noble. Aquella lucha bajo el agua debió de ser espantosa; uno puede verlo por la forma en que la sangre ha salido de las extremidades. Mirarle hace posible la idea de los Estigmas. Una resolución así podría, se diría, hacer cualquier cosa en el mundo. Casi podría abrir las puertas del Cielo. Mira, viejo, no es una visión muy agradable, sobre todo justo antes de cenar, pero tú eres escritor y éste es un caso extraño. He aquí algo que no querrás perderte, pues con toda probabilidad no volverás a ver nada parecido". Mientras hablaba me había conducido al depósito de cadáveres del hospital.

Sobre el féretro yacía un cuerpo cubierto con una sábana blanca, que lo envolvía estrechamente.

"Parece una crisálida, ¿verdad? Yo digo, Jack, que si hay algo en el viejo mito de que un alma es tipificada por una mariposa, bien, entonces la que esta crisálida despidió era un espécimen muy noble y tomó toda la luz del sol en sus alas. Mira aquí". Descubrió el rostro. Tenía un aspecto horrible, como manchado de sangre. Pero enseguida lo reconocí: ¡Jacob Settle! Mi amigo bajó más la sábana enrollada.

Las manos estaban cruzadas sobre el pecho púrpura, como las había colocado reverentemente alguna persona de corazón tierno. Al verlas, mi corazón palpitó con una gran exultación, pues el recuerdo de su angustioso sueño se precipitó en mi mente. Ya no había mancha alguna en aquellas pobres y valientes manos, pues estaban blanqueadas como la nieve.

Y de algún modo, mientras miraba, sentí que el mal sueño había terminado. Aquella noble alma se había abierto por fin camino a través de la puerta. La túnica blanca ya no tenía la mancha de las manos que la habían puesto.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB